

Suplemento Dominical fundado por Don Lorenzo Batlle Pacheco el 2 de octubre de 1932



DON TOMAS BERRETA.

(Fotografía Juan Caruso)

Se cumplió ayer el oncenno aniversario del fallecimiento de este ilustre repúblico, que consagró la plenitud de sus dotes al ideario del bien y de justicia del partido Batllismo, abrazado desde sus años mozos, y al que entregó lo más de sus energías y de su inteligencia privilegiadas.

LA PAMPA INMENSO PIELAGO VERDE



El penacho (Cortadera Selloana) verdadero símbolo vegetal de la Pampa, bordeando un tributario del Río IV.



Fiesta de penachos junto a un río de cauce parcialmente cegado por arena.



Los ríos y arroyos pampeanos carecen de monte marginal.



Tramo de la carretera Buenos Aires-Río IV-Córdoba, asfaltada en buena parte.

CUANDO tras de la conquista de las tierras del interior del continente sudamericano, el europeo trató de asentarse en ellas, lo hizo casi siempre junto a la costa, en las riberas de los ríos navegables, y en regiones dotadas de recursos naturales abundantes y accesibles, entre los que los metales preciosos desempeñaron con frecuencia un papel preponderante. La conquista y la colonización se realizaron paralelamente a las acciones de asimilación, de la esclavización, o de la destrucción parcial de las poblaciones indias, que fueron a veces repelidas en forma severa, viéndose obligadas a abandonar sus primitivos lares.

La Pampa, por mucho tiempo, pareció esquivar la ruta trazada por los conquistadores y los colonos. La gran Trapalanda de la Sal, en cuyos confines se escondía la deslumbrante y al mismo tiempo misteriosa "ciudad de los Césares", tendida ante el europeo como una inmensa pista desprovista de barreras naturales, era generalmente evitada, como tierra pobre y desafortunada en su vasto interior, exenta de árboles, de grandes ríos y de riquezas minerales, y poblada por indios tenaces y crueles, que convertidos en jinetes pusieron a dura prueba la estabilidad de los blancos en esta parte del continente.

En realidad, la llanura pampeana fue recorrida desde los primeros tiempos de la conquista por algunos grandes aventureros de la historia. Viajes como los del audaz Hernandarias, que sufrió prisión de los indios para escapar luego, el de Jerónimo Luis de Cabrera, nieto del fundador de Córdoba; el de Rojas, relatado en forma fantástica, con la "ciudad de los Césares" a la vista de los expedicionarios; el de Pinazo, de 1778, con sus seiscientas carretas y doce mil bueyes, y muchos otros, aportaron bastante para el conocimiento de la Pampa, cubierta por el velo de la leyenda que tejiera la imaginación del capitán Francisco César, de 1722 que los indios guaraníes fueron los principales responsables. De todas maneras, la penetración hacia la porción más interna de la planicie de origen en gran parte eólico, tardó en realizarse, y la colonización, marchando tras de los ganados cimarrones y apoyándose en el caballo, avanzó en forma gradual, temiendo y sufriendo la embestida de los indios, los que fueron combatidos a través de largas centurias. La Pampa, conservó su carácter de "desierto humano" aún en la época de la expedición de Rosas. Los gobernantes bonaerenses carecieron de la inspiración y del coraje necesarios para llevar a cabo una conquista de la inmensa llanura, hasta la realización de la gran empresa del general Roca, que Zeballos denominó La Conquista de las Quince Mil Leguas. Tras de esta expedición, de grandes resultados científicos, el conocimiento de la

Pampa, se completó en forma decisiva, y ella se integró definitivamente a la conciencia geográfica argentina; los límites del desierto se esfumaron en un horizonte cada vez más amplio. El ferrocarril y la agricultura completaron la conquista...

La llanura pampeana, el "inmenso piélagos verde" del poeta, carente prácticamente de árboles, asentada sobre espesas capas del llamado limo pampeano, no es tan homogénea como se piensa frecuentemente. L. R. Parodi, estudiando su vegetación ha reconocido en ella nada menos que ocho distritos florales, sin comprender dentro del marco considerado a la erróneamente llamada Pampa Seca, la que en realidad corresponde al Espinal y Monte xerófito argentino, donde abundan los árboles, los arbustos y aún las cactáceas, contándose entre los primeros el caldén, el chañar, el ñandubay y el espinillo.

La expresión "pampa", de origen quechua, se aplica a las planicies elevadas carentes de árboles o escasas de ellos, cubiertas de pasturas. Siendo la Pampa argentina una llanura baja, aquella expresión no debiera corresponderle en sentido estricto. Por esa razón los conocidos botánicos Alberto Castellanos y R. Pérez Moreau, han propuesto denominarla cachul, nombre que le daban los indios que la habitaron. El segundo de los autores mencionados, cree que la expresión Lelfinar sería aún más conveniente. Realmente, la llanura pampeana, desde el punto de vista fitogeográfico no es ni una verdadera pradera ni una estepa, y menos aún una sabana. Los autores antes citados se han esforzado por darle un nombre más en consonancia con el tipo de vegetación en ella dominante.

Por nuestra parte, aceptamos la expresión cachul como denominación atinada y recomendable. Sin embargo, a través de la historia, la tremenda anarquía surgida en relación al empleo del término pampa, y al uso de la misma para llamar especialmente a la Pampa Húmeda argentina, quitan eficacia a la aplicación de nuevas denominaciones a la región citada. Si se llama pampa a la vegetación de duriherbosas subalpinas de la mesa de Achala, también pampa a la extraordinaria asociación de palma caranday y arbustos espinosos de la región cordobesa de Pampa de Pocho, donde además existen pastizales, algunos compuestos por especies halófitas, y si todavía son pampas las que ocurren en las salinas y terrenos de mal drenaje del Sur de Bolivia, al referirnos a la llanura bonaerense y de las provincias vecinas, vacilaremos en usar esa expresión para aplicarla a una porción del continente, donde tal designación resulta importada y foránea. De todas maneras, la Pampa Húmeda, la Pampa argentina por excelencia, ya no puede cambiar su nombre, y son vanos todos los intentos encaminados para



Puente ferroviario sobre el Río IV.

determinar ese cambio. La designación deberá ser conservada aun cuando en razón de no ser la vegetación de esta región una pampa verdadera, algunos la lleguen a llamar estepa (como lo han hecho L. R. Parodi y F. Kuhn), pradera (designación que le dio L. Hauman) o pradera esteparia (como la consideramos nosotros). Campos con frecuencia sin aguadas permanentes, y a veces salinos, los pastizales pampeanos difieren bastante de los nuestros, donde la abundancia de arcilla, de afloramientos pedregosos y de arbustos como la chirca común, son característicos.

El predominio de la vegetación graminosa y la ausencia de formaciones arbóreas figuran entre las peculiaridades más notables de la Pampa. Espinillos, talas y algarrobos aparecen dispersos y a veces agrupados en las zonas periféricas, pero en el corazón mismo de la llanura, la vegetación leñosa, y sobre todo la arbórea son desconocidas, salvo en lo referente a las especies cultivadas. Esta ausencia de arbolado se ha tratado de explicar por las características desfavorables del suelo (compacidad, falta de aereación, etc.), por las sequías y la acción de los vientos fuertes, y hasta por el control impuesto por las hormigas. Sin embargo, aún admitiendo la importancia de muchos de estos factores, parece que la causa principal que se ha opuesto al poblamiento arbóreo, estriba en que siendo la Pampa una región de origen muy reciente y de hidrografía endorreica bastante mal organizada, los factores de dispersión del arbolado han carecido hasta el momento de verdadera eficacia; sólo han aportado especies arbóreas traídas del Norte, los ríos Uruguay y Paraná las que se han establecido en las cercanías del Plata, dando lugar al llamado por L. R. Parodi, "talar bonariense", a la vegetación del Delta, a la del Arazatí y otras formaciones de cierta importancia, donde pueden hallarse con frecuencia especies de origen sub-tropical (lapacho, timbó, palo amarillo, etc.). El hombre ha llevado a la Pampa árboles exóticos que con pocos cuidados han podido arraigar perfectamente; pero en la naturaleza han faltado factores efectivos de distribución, los que han movido sólo a un mundo de gramíneas y plantas de talla reducida. El poblamiento vegetal de la región se ha realizado a partir de la periferia, donde se hallan los centros de origen. Los viejos refugios son las serranías cordobesas, las sierras del Tandil, las estribaciones de los Andes, y sendas porciones de la Mesopotamia argentina y del territorio uruguayo; en este último, menor en extensión que la Pampa, se conocen más de dos mil especies de fanerógamas; en la llanura centro argentina se conoce apenas un millar. El viejo Plata, cual inmenso golfo cubría parte de lo que hoy es Pampa; su retirada fue seguida por el rellenamiento, por un lado llevado a cabo por el viento, del cual el pampero actual es un digno representante, y por otro por los ríos, especialmente por el Paraná y su cohorte de tributarios.

Hoy en el corazón de la vieja Trapalanda, "todavía misteriosa para el hombre" pero ya bastante poblada, el ganado padece tranquilamente, mientras maduran los trigales y los árboles exóticos (eucaliptos, paraísos, álamos) revelan desde gran distancia la



Intrusión de espinillos en la pradera esteparia compuesta en gran parte por gramíneas duras.

obra de los colonos, a quienes el ferrocarril, las modernas carreteras y el telégrafo relacionan fácilmente con las grandes ciudades.

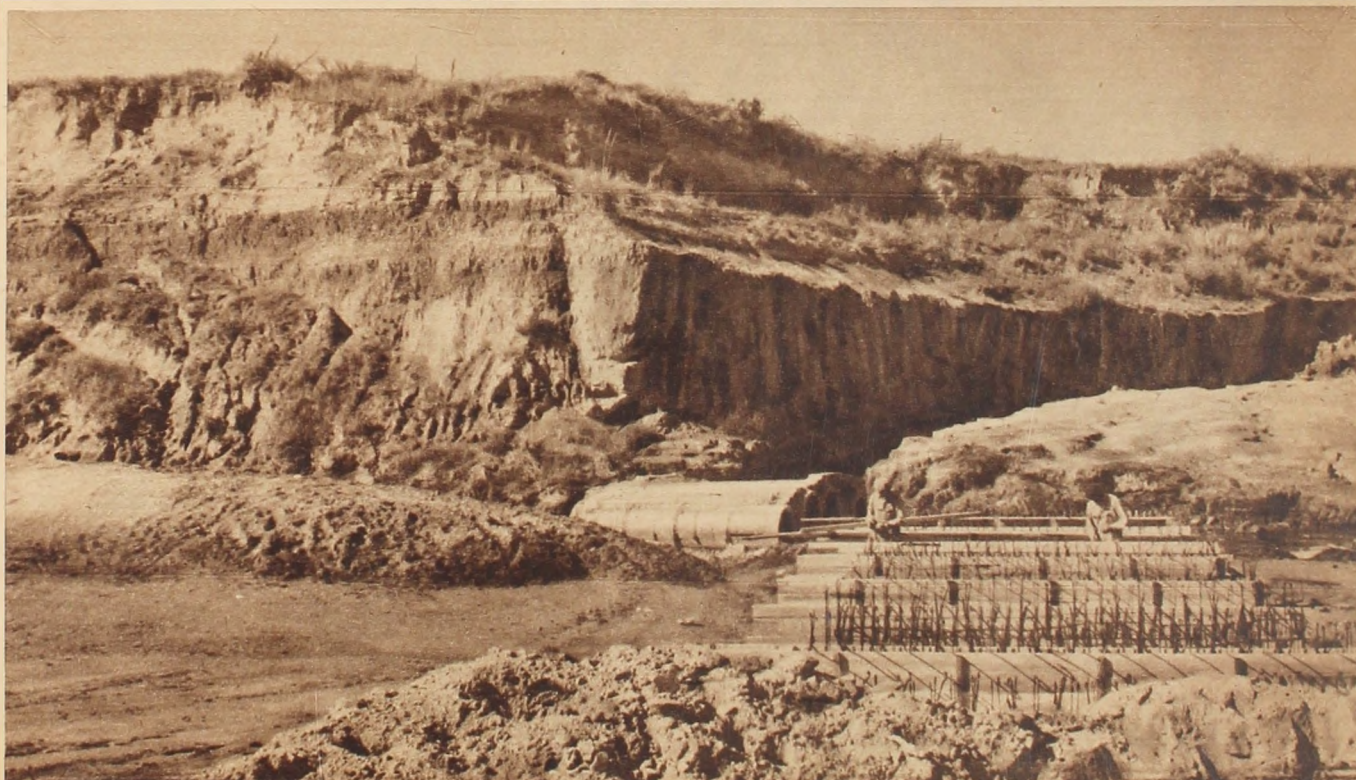
Jorge CHEBATAROFF.

(Especial para EL DIA).

Fotografías del autor.



La singular Pampa de Pocho, cubierta de palma caranday y arbustos espinosos.



Espesas capas de limo pampeano, a veces relativamente arenoso ocurren al Noroeste de la región.



La Pampa cultivada. Vastos maizales y grupos de árboles exóticos denuncian la obra de los colonos.



Sus verdes ofrecen una transparencia de luz solar tonificante.

EL paisaje uruguayo ofrece sorpresa al caminante que lo contempla con sensibilidad alerta. La primera impresión es de monotonía, una monotonía dulce, casi empalagosa. Parecería que, vista una cuchilla ya

se han visto todas; que poniendo un minuto de meditación en la reverberación silenciosa de un bañado, se conocen ya todos los bañados; que una isla de eucaliptos es idéntica a todas las islas de eucaliptos, y que la



Después del bañado, los ombúes comienzan a manifestar su realidad desolada.

OMBUES

maraña de los ceibos aprisionando ramazones para fabricar su suelo se confunde con todas las marañas.

Y lo mismo sucedería en lo que a los seres vivos se refiere.

Dibujando una cúspide sobre la cuchilla cabalga un jinete emponchado. Su silueta la hemos visto infinitas veces. Sirve ya de ornamento en los libros de texto. Pero lo que los libros de texto no explican es la multiplicidad de imágenes que proyecta esa silueta según la hora solar que la refleja. Ya en la aurora, ya en el bochorno de mediodía, ya en el crepúsculo vespertino, ya sombría en las horas húmedas de cerrazón o bajo la lluvia. Hallar el símbolo de las figuras según el tono de luz que las proyecta es recreación que nuestros textos no enseñan a los niños ni a los adultos.

Y en esta misma diversidad tonal hay que situarse ante los rebaños de ovejas, ya dispersas en su paciente ramonear sobre el gris de las sequías o el verde de los bañados, ya arremolinadas y torpes rumbo a las ferias, dando la impresión de un pedazo grande de tierra a la que han salido pezuñas y camina sobre la misma tierra. Y las tropas con su ¡hopa! ¡hopa!, tan diferente según sea clarín de las madrugadas, o estridencia irritada de mediodía, o voz apagada por el anuncio de las heladas cuando la noche lo sorprende en el camino. Como diferente es el grito del teruterero espantado en su vagancia de verdes cerca de los nidos, o levantando vuelo mucho antes de que lleguemos a su querencia. Tampoco son idénticas las gaviotas que vemos en la playa a las que miramos como cauda blanca

pegada a los arados que van abriendo surco en la tierra negra, a la caza de larvas y gusanos.

Caminar... caminar... desangrando nuestra sensibilidad en la contemplación de las cosas, viéndolas siempre iguales porque las sentimos iguales en la inmutabilidad de nuestro sentimiento, o diferentes a cada palpadeo porque diferentes somos nosotros en cada una de las palpitaciones de nuestro corazón. El mundo está en nosotros y en nosotros se transforma su realidad cuando sabemos contemplarlo a ritmo con las horas, su luz de cada segundo, en su perspectiva general.

Pero no sólo en el aspecto panorámico el paisaje uruguayo enriquece nuestra sensibilidad con matizaciones variadas. También en el aspecto singular, de detalle, comprobamos su riqueza asombrosa de planos, perspectivas y agrupaciones. ¿Nos habremos parado el tiempo suficiente ante un higuaron, o una palmera, o un ombú, para meditar y sacar consecuencias interpretativas de sus elementos esenciales o decorativos como componentes del paisaje? Un aspecto que sigue maravillándonos en el paisaje uruguayo es la característica individualidad de sus elementos, especialmente de los árboles. En una perspectiva monótona, tierra pareía, nuestros árboles dan siempre sensación de individualidad. Existen sí, los montes bordeando arroyos y ríos, las islas arboladas, debidas principalmente a la mano del hombre en su misión de cambiar los panoramas, pero generalmente la entidad árbol suele ser una figura aislada en la contemplación del paisaje. A eso se deberá que cuando vemos árboles agrupados experimentemos una sensación extraña a la previa concepción que nos hemos formado de la tierra.

Y la impresión es más rara cuando, como en el caso del ombú, su individualidad la vemos anulada en el conjunto de un bosque. Porque estamos acostumbrados a ver al ombú como una entidad aislada, solitaria. En pintura, nuestro Figari lo interpretaba como un signo agorero, embrujado el mismo de la vastedad de su desolación ambiente, asombrándonos a la vez por el milagro de su supervivencia en un medio inhóspito, sin reflejos verdeantes.

Sus características han atraído la atención de artistas, naturalistas, escritores, viajeros, y a los sedientos de sombra y descanso en las jornadas fatigosas de nuestra tierra. Don Félix de Azara, en las postrimerías del siglo XVIII, lo definía así: "El ombú es tan grueso, tan espeso y tan grande como el nogal. Independientemente de la humedad, de la sequía y de la buena o mala calidad del terreno, crece más de prisa que ningún otro árbol. Su sombra lo haría útil para formar paseos y puntos de reposo en los terrenos malos. Su madera es de una naturaleza tan particular, que no sirve para nada, ni aun para encender fuego".

No creemos acertada su comparación con el nogal. Acaso sí, por su sombra, de sol pálido, más bien le hallamos parecido a esas higueras centenarias de las tierras de secano de España, por la misma transparencia de sombra clara, por la presencia de grises más intensa que los verdes, por la inutilidad de su madera, y por la forma irregular, arbitraria, de su tronco y ramas. En cuanto a lo de su aprovechable sombra, no pensaban así los gauchos y criollos.

Guillermo E. Hudson, en "El Ombú", po-



Presentan deformidades como característica de su monumentalidad barroca.

ne en boca del viejo Nicandro: "Dicen que la casa donde cae la sombra del ombú padece desgracia y por último cae en ruina; y en esa casa, que ya no existe, daba la sombra el ombú a la caída de la tarde todos los días de verano. También dicen que los que se sientan mucho a su sombra, se vuelven locos". Dicen... dicen... El mismo viejo Nicandro comenta que él ha tomado mucha sombra de ombú y nada le ha pasado, pero dicen... dicen... ¿Y por qué dice la gente? ¿Por qué tienen realidad en la mente y sensibilidad de las gentes fantasmas o ideas que desdoblan nuestra personalidad hacia aspectos infra o sobrenaturales? Misterio. Pero dicen... dicen... Y aún perdura el prejuicio entre las gentes del campo, y más aún en las de la ciudad, pues las ciudades están ganando ya al campo en supersticiones, con el agravante de que quieren justificarse con aseveraciones pretendidamente científicas.

Lo evidente es que el ombú es un detalle embrujado del paisaje rioplatense. Juan María Gutiérrez lo definía, romántica, enfáticamente, con los siguientes epítetos:

"Hijo gigante de América fecunda"... "Pabellón frondoso"... "Palacio de verdura"... Sin embargo, no falta quien lo llama "hierba gigante", "Aprendiz de árbol", etc. Bartolomé Mitre, en una de sus Rimas, lo considera como algo que se va para dar paso a una nueva realidad de paisaje y de instituciones. Y Luis L. Domínguez, lo valora como esencia del paisaje: "La Pampa tiene el ombú", todo porque había que consolar con la quinta del verso: "Minas de plata el Perú". Marcos Sastre, en "El Templo Argentino", compara el ceibo con el ombú, y dice: "De ningún modo convenía que el ombú participase de la fecundidad del ceibo, porque éste fue destinado para formar el terreno y prepararlo para el hombre; pero aquél solamente para proteger su habitación sobre un terreno ya preparado". Criterio muy diferente al del maleficio que Hudson expresa por boca del viejo Nicandro. Creemos, sí, que el ombú ha sido el gran aventurero de la población del desierto y las cuchillas. Sin él, el hombre no habría encontrado el árbol propicio con el que asegurar el asentamiento sedante para la dominación de la tierra.

Por eso ha sido más sorprendente la visión de un bosque de ombúes. Se halla en la margen oriental de la laguna Castillos, formando un arco de Norte a Sur que da visión de verdes y grises en la perspectiva ocre de los médanos. Hicimos la visita al lugar, acompañando, con el director del Liceo de Castillos profesor Livio Sanguinetti, al poeta Carlos Sabat Erasty. Atravesamos el bañado en un jeep manejado por el alumno Carlos Julio Arrieche, sirviéndonos de guía el Sr. Oscar Ferrer. Porque de todo este aparato se necesita para llegar al margen de la laguna donde se halla el corazón del bosque de ombúes. Es sencillamente grandioso. Lo visitamos en otoño, cuando ya ha perdido sus hojas, mostrando la sobriedad de sus grises descomunales. La diversidad tonal de los talas, sarandíes, higuerones, molles, etc., hacen de esta línea divisoria entre el gris metal de la laguna y el gris oro de los médanos, una barrera para el descanso de la mirada. Y entre los verdes, los ombúes muestran la osamenta de su cuerpo. Una belleza barroca, dura, mística, anunciadora de nuevas resurrecciones.

Cuentan los paisanos, que esta laguna se secó durante la sequía de 1914, y que el valle se podía cruzar a caballo o en auto. Y volverá el día que se secará definitivamente, ganando tierra a la tierra, y desaparecerá entonces esta inmensidad de agua que se refleja en el horizonte y cristaliza en espejismos el paisaje. ¿Quedarán para entonces los ombúes en esta manifestación de bosque? ¿Irán ganando ellos a su vez la tierra que desaloje a las aguas? Cabe su sombra, entreverados con los otros árboles nativos, este bosque es de una austeridad catedralicia, ámbitos irregulares en los que las columnas son estos troncos de ombúes centenarios, arbitrarios, desgarrados, formando simetrías monstruosos pero no menos armónicas.

La impresión de este bosque ha eliminado nuestra imagen antigua del ombú como árbol mágico, singular, sediento de sol y de soledades. Aquí, entre la laguna y el Atlántico, los ombúes han encallado como naves misteriosas de una navegación sideral. Lo llevamos impreso a nuestra retina como árbol de invierno. Las hojas del ombú nos resultan siempre postizas, algo sin



Primer escalonamiento de ombúes en los comienzos del bosque.

sustantividad. Su realidad es este tronco cavernoso, enorme, guarida de reptiles, para dar más sabor de embrujamiento a su aposento terrígeno. No lo vemos tampoco

como árbol de sombra sino luminoso de brazos que claman desesperadamente una crucifixión de rayos solares.

F. FERRANDIZ ALBORZ

Fotografía del farmacéutico Horacio Ferrer, y del arquitecto Roberto Nisivoccia Ferrer.

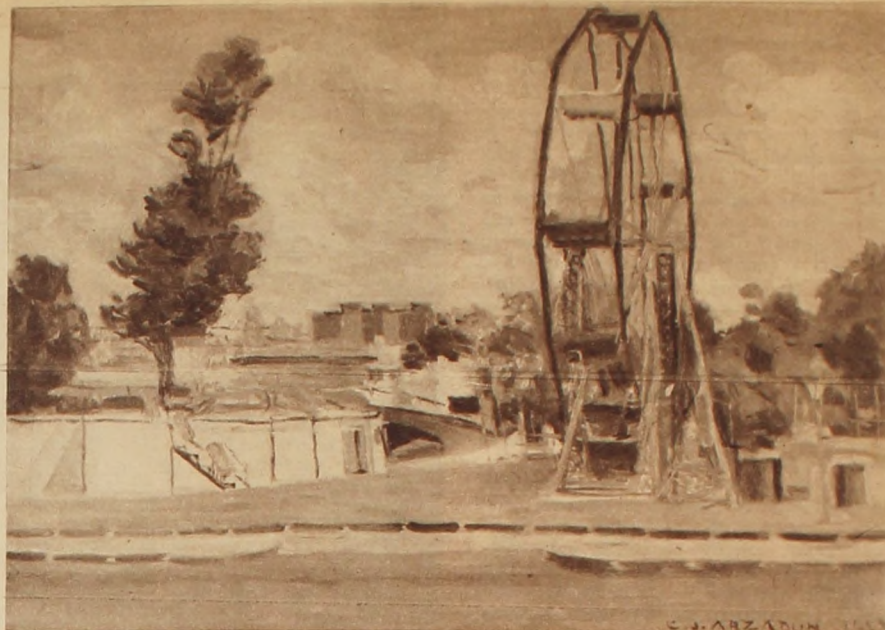
(Especial para EL DIA).



Aunque aislados, aquí empiezan a dar impresión de agrupamiento, junto a las aguas.



EL PULPO.



ATRACCIONES



EL FAROL.



EL PUENTE.

EXPOSICION CARMELO DE ARZADUN PAISAJES Y MOTIVOS DEL PARQUE RODO

CARMELO de Arzádun es uno de nuestros más destacados pintores. En su larga trayectoria de artista del color, vivió cantidad de temas, a los que interpretó, ya con la paleta viva y yuxtapuesta, o con la gama baja en donde adquiriera una rica y fina sensibilidad. Sin limitarse a una repetición, sostiene su obra una armonía que define su personalidad en estos motivos del Parque Rodó.

Es un temario que Arzádun siente y vitaliza con la virtud de su conocimiento del valor plástico, y con la notable sencillez de poder elevar cualquier retazo de naturaleza, por más humilde que sea, hacia una calidad que impera por sobre todas las demás facultades naturalistas. Arzádun, que fue conquistando los motivos salientes y característicos del ambiente nacional, en el que culminó con aquella, su extraordinaria muestra en "Amigos del Arte", sobre temas de la costa, reitera una vez más, la escala de su concepto pictórico.

Porque si en verdad, esos juegos del Parque fueron el ingreso de un tema a su historial, no es menos cierto que el pintor lo tradujo con la suficiente belleza como para que los colores vivos fueran el toque que animara al paisaje que les rodea. Ese color, que llama al ojo y que el pintor deliberadamente le otorga una ubicación especial, se halla atemperado por todo el verde que le rodea, y por espacios a veces en primer

plano, de sombras que alejan el punto de vista hacia una distancia justa, para darles su lugar de luz. Con la simplicidad de unas sillas rojas en primer plano, un kiosco y una vista al mar, Arzádun logra una conquista pictórica. Un primer plano que es difícil poderlo sostener con fuerza, y que sin embargo, se convierte en una de las más preciosas piezas de la muestra. Ese viejo Parque Rodó, que vemos ahora en la Galería Montevideo, donde exhibe sus telas el pintor, retoma bajo el control de su colorido, una vida nueva en cuanto a la certera visión y sentido del espacio. Su cuadro Playa Ramírez, que abarca varios planos en sucesión de luz y calidades de color, posee un movimiento vital, diversidad de tonos, animando el centro, para desplazarse en espacios matizados, y en su tela "El Puen-te", una gris unidad verdosa, envuelve la atmósfera, destacando los caracteres del lugar como concepto pictórico. Agreguemos a ello "Arboles en flor", "La rueda", "La carpa", y tantos otros que mantienen unidad en esta serie que tiene en "El farol" su más simple exponente.

Arzádun ha llegado a una clara serenidad en su obra. Se aprecia en ella un discernimiento seguro y emotivo al mismo tiempo. Su conocimiento básico del color, y la percepción de su enfoque, comulgan en una bella sensación de vibraciones de la atmósfera que, sin llegar empero de ningún modo



PLAYA RAMIREZ



LA CARPA.

a emplear el impresionismo, mantien con afinada intención del colorista, esa mancha que pone justa, y que da su tono como una orquestación del espacio. Siempre el pintor se interesó por los ángulos de sus cuadros.

Recordamos que en su serie de la costa, empleaba ya una vertical u horizontal que le serviría de guía infalible al equilibrio del tema. En estas telas, también asegura al primer plano para desplazarse hacia el hor

izonte, escalonando su visión que motiva en algunas la apreciación de planos de perspectiva atmosférica, llevada al grado sumo en la lejanía. Siempre entonado, el pintor vuelca en la sobriedad de los grises un

equilibrio al colorido vivaz, y nunca más que aquí, el tema cuenta secundariamente al valor innegable de pintura.

Eduardo VERNAZZA.

(Especial para EL DIA).



ARBOLES EN FLOR.



SILLAS ROJAS.



Colosalismo romano en este templo de Baco, en Bealbek.



Como árboles vivos, la vegetación corintia.

CUANDO invita ya el verano (seductor omnipotente) a las grandes evasiones de la inquietud cotidiana en lo duro y lo tenaz de nuestro tiempo, al escapar, y al andar, y al salirse liberantes de lo duro y lo tenaz de cada día, me he evadido hacia Nîmes, estuve en Arles, Orange, en San Remy, en Vaison... Nuevo andar, nueva salida (hay algo siempre nuevo en la evasión), hacia este sur de Francia tan marcado por el rastro indestructible de los residuos romanos, unas veces "florecer" de ruinas, otras veces monumento entero, o el indeleble recuerdo con la fuerza intemporal evocadora, todo ello "vivo", eficiente, en la luz cambiante y múltiple del cielo azul provenzal. Y de ese andar en el rastro de lo romano indeleble, que es un "florecer" de ruinas y una fuerza intemporal, nacen estas reflexiones. "Novedad" de esta evasión.

Desde su "primer principio", Roma es ya ella misma en sí. Es el Imperio Romano. Como cambia la corriente de las aguas en las montañas lejanas, para hacerlas llegar hasta sus muros, va captando en su provecho todas las fuentes morales del mundo que le antecede. Y ya captada la fuente, la agota con su avidez. Va más lejos. Capta otra... La agota también después. Cuando empieza el tercer siglo, Etruria que Roma trituró, cimienta ya con su sangre, y cimienta con sus nervios, y con la sangre y los nervios de latinos y sabinos, el denso y sólido bloque en que va a apoyarse Roma para derramarse luego por el mundo conocido. Con un esfuerzo profundo. Con los círculos concéntricos de su expansión

fuerte. Aún en lo inconsciente a veces. Resulta de ese contacto que no puede perder Grecia un genio que, en ese tiempo, no era ya el de su era clásica, sino un modo decadente. Pero, en cambio, ¿perdió Roma una gran parte del suyo? O ¿se le ahogó ese "suyo", aún en parte, por lo menos, vencido por aquel otro? No se aclarará jamás.

El romano, en sus costumbres, y aún en su temperamento, su religión, sus pasiones, en la recogida hondura de su substancia moral, difería totalmente de las maneras del griego. En Grecia, una vida simple, libre e investigadora, entregada toda ella a lo hondo de un deseo: realizar la armonía en lo interno de su mundo. Con una imaginación, llena de sueños y encantos, que persigue esa armonía por todos los caminos conocidos. En Roma, una disciplina, la vida disciplinada, cerrada, egoísta, dura, buscando fuera de sí misma todo alimento posible, material o espiritual. El griego hace la ciudad como la imagen del mundo. El romano quiere, en cambio, hacer, a su modo, el mundo a imagen de la ciudad. La religión del romano (verdadera religión) es el hogar, y gran jefe de ese hogar, celoso, inmenso, terrible, el padre en la omnipotencia. Todo lo oficial del culto es no más decorativo. Todas las divinidades son cosas "hechas", concretas, congeladas, positivas, sin ligazón entre sí, sin envoltura armoniosa, un hecho personificado y, al lado de ese hecho, otro hecho todavía también personificado. Mundo aparte, en su dominio, y en el fondo, secundario. A un lado el derecho divino, la religión en el fondo; a otro lado, otro derecho: el puro derecho humano; la juris-

Evasiones de lo

permanente. Y las resistencias todas que va hallando en su camino, Pirro, Cartago y Aníbal, el Medio Oriente, las Galias..., son tan sólo, para Roma, puros medios que cultivan la voluntad y la acrecen. Como aluvión regular van marchando y progresan las legiones.

Si el duro positivismo de lo romano naciente no hubiese comprimido lo latino, triturado ya lo etrusco, puede preguntarse uno leyendo ahora a Virgilio, Plauto, Juvenal, Lucrecio, qué arte o qué formas de arte hubiera realizado esta sobria y ruda síntesis de viejos pueblos itálicos gozadores de los bosques y de jardines silvestres, y cuyo genio es amargo como lo son sus follajes, y bien nutrido a la vez. De hombres de la tierra, en fin. De ruda y osca labranza. Pero, como un arco tenso, tanto se lanzó el romano hacia la exterior conquista, hacia el conquistar lo externo, el mundo en torno se dice, que ya no era obra suya el conquistar a la vez todo lo que había adentro, cuanto en sí mismo se hallaba, de vigor y de aspereza. Mientras duró y le absorbió la guerra intensa y metódica (cinco siglos, por lo menos), no se pudo expresar, ni se expresó, porque le faltaba el tiempo. Y cuando ya los resortes aflojaron en la calma, el espíritu de Grecia, de la Grecia conquistada, al entrar en lo romano, ¿impidió acaso, a su vez, que otros caminos siguiese, o que fuera más él mismo y no una continuación? ¿Falseó el alma de Roma la influencia de lo griego? ¿Quién lo podrá aclarar nunca! Pero queda ese misterio: en qué hubiese "florecido" lo romano si con idéntica fiebre a la que aparece y manda en su conquista hacia afuera hubiese conquistado, preferente, toda la romanidad de adentro. Como primera conquista. Y es la clave esa primicia.

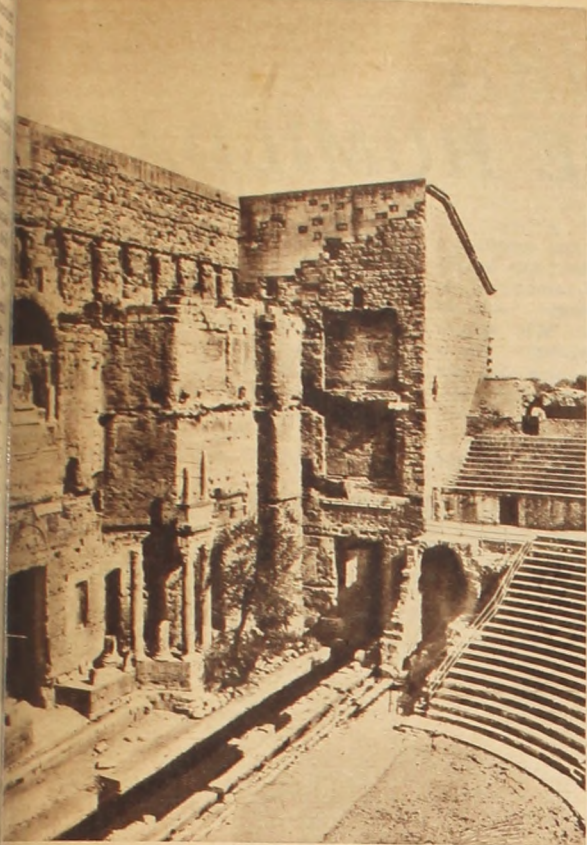
Pero es el caso que, en Roma, Grecia penetró hondamente. Ahí está, y ahí perdura, un fatalismo invariable en el andar de lo histórico. La prueba de la tendencia que domina, en su conjunto, las sociedades humanas, y las hace perseguir lo estable de un equilibrio. Material y estrechamente avasallado, un pueblo de cultura superior avasalla moralmente al pueblo que le ha vencido. Así impone su espíritu Caldea a la Asiria victoriosa y dominante. Como la Asiria, a su vez, y también la Grecia jónica, lo harán más tarde con Persia. Y transforma Grecia al dórico. ¿Entre griegos y romanos? Roma aspira intensamente a ser del gusto de Grecia, como el nuevo rico aspira a serlo del aristócrata. Y la Grecia de ese tiempo desea gustar a Roma con lo que hay en el débil de adoración por el donde el paso es insensible para ir desde el hombre al dios, desde lo real hiriente a lo

prudencia en él. Es lo contrario de Grecia posible en potencia. Y en esencia también. Porque el ideal del griego es ya la diversidad, y es la continuidad, en el vasto y armónico conjunto de acciones y reacciones. Y, en cambio, en lo romano, ese ideal se sitúa en la unión artificial de los mismos elementos aislados en un conjunto duro y rígido y cerrado. Si el arte de ese pueblo, así previsto, no es esencialmente utilitario, será hasta lo fugaz convencional.

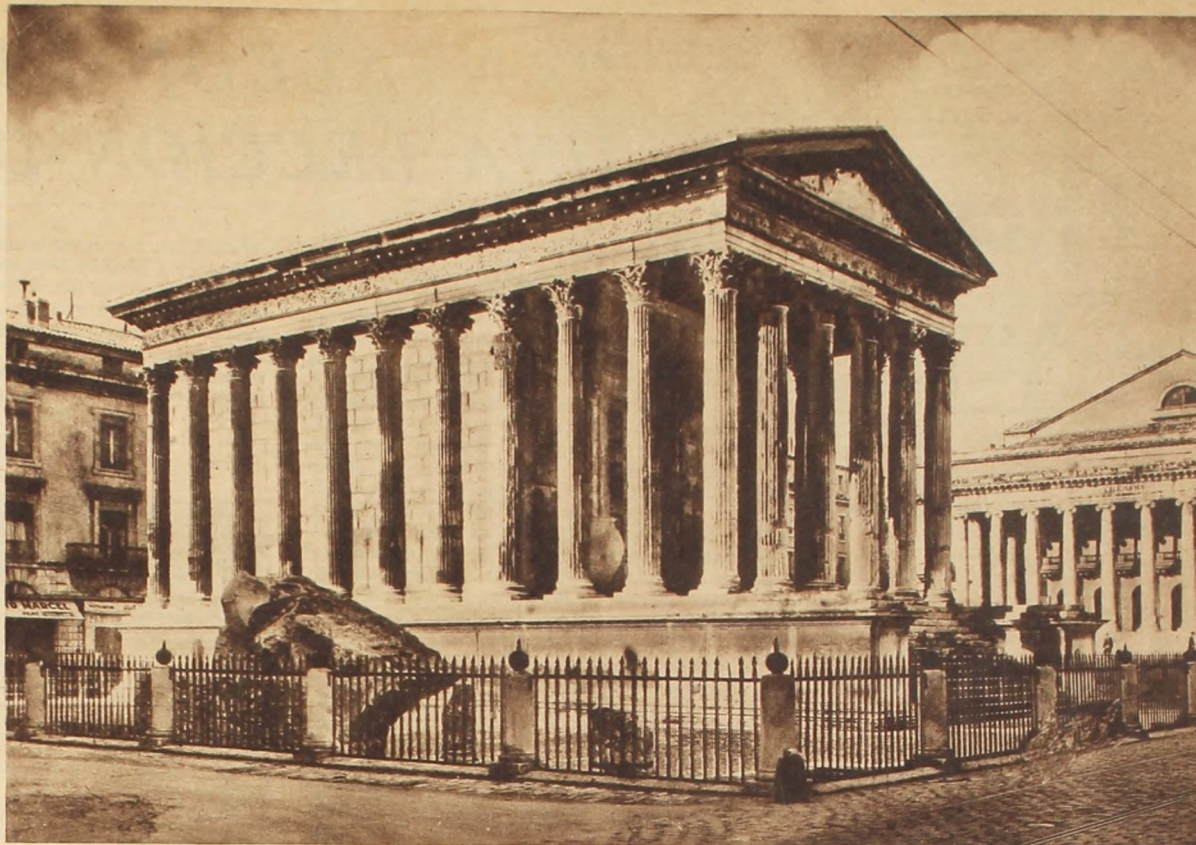
Y ¿por qué aún ese pueblo irá a tomar a su vez las maneras y elementos de esas mismas convenciones en lugar distinto a Grecia que se las ofrece en masa? Y ¿por qué aún en sí mismo y exclusivamente en él, cuando lo exterior le atrae y enteramente le absorbe? Y entra Grecia en Roma aún. Y el romano ensayará transformaciones formales y aún hará su insurrección, sorda, inconsciente, de instinto. A pesar de él, contra él, no deja un pueblo (con facilidad al menos) de ser, en el fondo, él mismo. El romano trajo a Roma, desde la Grecia vencida, conquistada, avasallada (conquistando



La discreción



En el Teatro de Orange, la enorme romanidad.



Templo romano de Nîmes.

oro y lo tenaz de nuestro tiempo

vez en lo hondo espiritual), pinturas, vasos... Sin embargo, el templo es materia transportable. Pero lo odiar, a analizar, a imitar. A imitar medida? Y ¿hasta qué medida aún? en seguida se advierte que cuando el templo romano (que estudió, que analizó de Atenas a Roma, de Sicilia a Ostia, en el curso del camino tuvo para ir transformando (¿en lo inútil?, ¿para ir transformando sin saber la ciencia que con él trae. Se espesa y se hace lisa, se hace inútil a muchas veces, apoyada contra el elemento, a manera de ornamento. Si domina en lo romano lo repetido como orden preferente, frecuentemente aparecen (¿transformados?, ¿repetidos?) lo dórico y lo jónico a su vez, superpuestos en el mismo monumento. ¿Juega el romano a lo griego. Y el griego está poniendo su rotunda pericia. El griego puso armonías en donde se asienta toda esa rotundidad. Armonía, cierto. Más grande que el

templo griego, o casi siempre más grande, se ha perdido en el romano la animación del helénico. Monumento positivo. Con "otras" virtudes propias: grandeza, altivez, potencia... No es en Roma, sin embargo, donde los templos romanos, se alzaron con mayor ímpetu. Es en las Galias, en Grecia, en Asia (por modo especial, en el Asia de Palmira y de Baalbek), donde la Roma imperial alzó sus templos enormes, templos ebrios de su fuerza y, al mismo tiempo, de sol, donde las vegetaciones del orden corintio altivo son como árboles vivientes cimentados en los muros. Pero, ¿no hay en todo esto, en lo romano, y en el fondo del fenómeno, ante todo y sobre todo, lo que es romano puro, y solamente romano en ese tiempo: lo severo, lo imponente, de la administración del Imperio dominante y expansivo? Los templos de la Galia helénica son griegos. Y esos templos de Asia tienen lo suntuoso y la grandeza (la terrible grandeza, desde luego) de todo lo que se alza sobre esa tierra mística y febril, saturada de polvo y de calor, y también de podre-

dumbre, donde no cuenta el tiempo, ni se cuenta, y se cuenta y amontona eternidad.

En todas partes, aún en el caso concreto de los grandes monumentos utilitarios, el alma autóctona impone a Roma su colaboración y aún a veces su dominio. Aquí están los grandes circos de esta Francia romana del sur. Está en pie el circo de Nîmes. Está en pie el circo de Arles. Con una discreción, una gracia, una elegancia, que en los circos de Italia no aparecen. Y en el ornamento, por ejemplo, allí donde intervino el africano, o el asiático, o español, o provenzal, trabajando bajo las órdenes del constructor romano, la insurrección silenciosa del sentimiento personal se manifiesta. Hay bajo relieves galo-romanos, que hacen pensar en seguida, por su "sabor", por su verbo, por el alegre vigor con que se ataca la piedra, por la ternura concreta y acaso un tanto burlesca de su más íntimo acento, que hacen pensar, se repite, en los follajes cerrados, en las frutas, las guirnaldas, en las figuras aún que, once siglos más tarde, ornarán los capiteles, los pórticos, las facha-

das, de la catedral románica, en esta Francia románica. Sólo en el ordenamiento general del edificio guarda Roma sus derechos.

Pintaba el griego sus templos. De oro, verde, bermellón, de azul de cielo y de ocre... Y, envuelto en luz, deslumbraba el templo policromado. ¿Qué hará el romano, a su vez, de una tal policromía? Hay algo de cosa móvil, de fugitivo, de aéreo, en la mancha de pintura. Algo que repugna, pues, a la manera romana. El romano ve esa mancha que palidece y se apaga en el mármol de los griegos. Y el romano incorpora el color a la materia. Ese mármol colorea, o con venas coloreadas, que alterna con los granitos, los porfirios, los basaltos, en la construcción de templos... es una cosa romana. La armonía importa poco. Pero el color quedará. Y Roma (permanencia) es eso.

Marsella, 1958.

J. B. TOLEDO.

(Especial para EL DIA).



Arquitectura, en este circo de Nîmes.



Vestigios del Templo de Júpiter en las ruinas de Baalbek.

RECUERDE UD.

El Hogar

LA SUPER CERA

QUE LIMPIA
DA COLOR
ENCERA Y
DESINFECTA
SUS PISOS.

APICURIN



Producto a base de JALEA REAL ESTABILIZADA, analizado y autorizado por el MINISTERIO DE SALUD PUBLICA. - REGISTRO 15.310. está en venta en Farmacias.

Elabora: LABORATORIOS "CABRAL"

SAN JOSE 1022 — Teléfono: 8.80.67
Montevideo

**CAPITAS
PILOTS
IMPERMEABLES**

**CALZADO
PARA
LLUVIA**

DURBAN

18 de Julio 872

**comprando
SIAM**

Ud. paga menos
y recibe más

capacidad
10% unidades

Siam URUGUAY 1123

CLINICA DENTAL YAGUARON

PROTESIS INMEDIATA
TODOS LOS DIAS DE
8 a 21 HORAS.

HORARIO CONTINUADO

Yaguaron 1533
(A mitad de cuadra)

CASI PAYSANDU



PANTALEON DURA UNA LECCION DE HUMILDAD

"EN la época en que vivimos, rodeados de tanta falsedad y engaño, hace falta una voz que desentone un poco, y mejor si esa voz es sincera y tiene un origen humilde, hijo del mismo pueblo de donde saca el material necesario para servir con ella la causa del Bien, la causa de la Humanidad".

Fuimos a ver a Pantaleón Dura prevenidos en su favor por estas afirmaciones de buen sentido, y que no sonaban muy acordes con su conocida silueta excéntrica, así como también en ella resulta un desacuerdo el eterno traje azul de mecánico, con el revuelo de melenas y barbas que parecen estar reclamando el sayal de los penitentes o la túnica de las profetas. Y sin embargo, lo incongruente se esfumó en seguida, cuando empezó a hablar el hombre, y el hombre fue de inmediato reemplazado por una presencia que era sólo espíritu, alzando ante nosotros el acento encendido y mesiánico de un ser extralucido que ha dedicado sus horas a la misión de demostrar que en cada uno puede separarse la escoria del oro al simple conjuro de una palabra buena.

Sabíamos de Pantaleón Dura, que era manso, pobre y generoso, inflamado de amor hacia sus semejantes. Sabíamos su leyenda de predicador laico, de propagandista de las causas limpias, de difusor de libros, de conferenciante callejero, de sembrador de principios éticos, de idealista contumaz.

Habíamos pasado cerca de él, sin que lograra escandalizarnos su fisonomía extravagante, pues desde hace mucho hemos ido aprendiendo que a la gente no la hace un traje, sino lo que va por dentro. Le habíamos visto. Ahora, íbamos a escucharle.

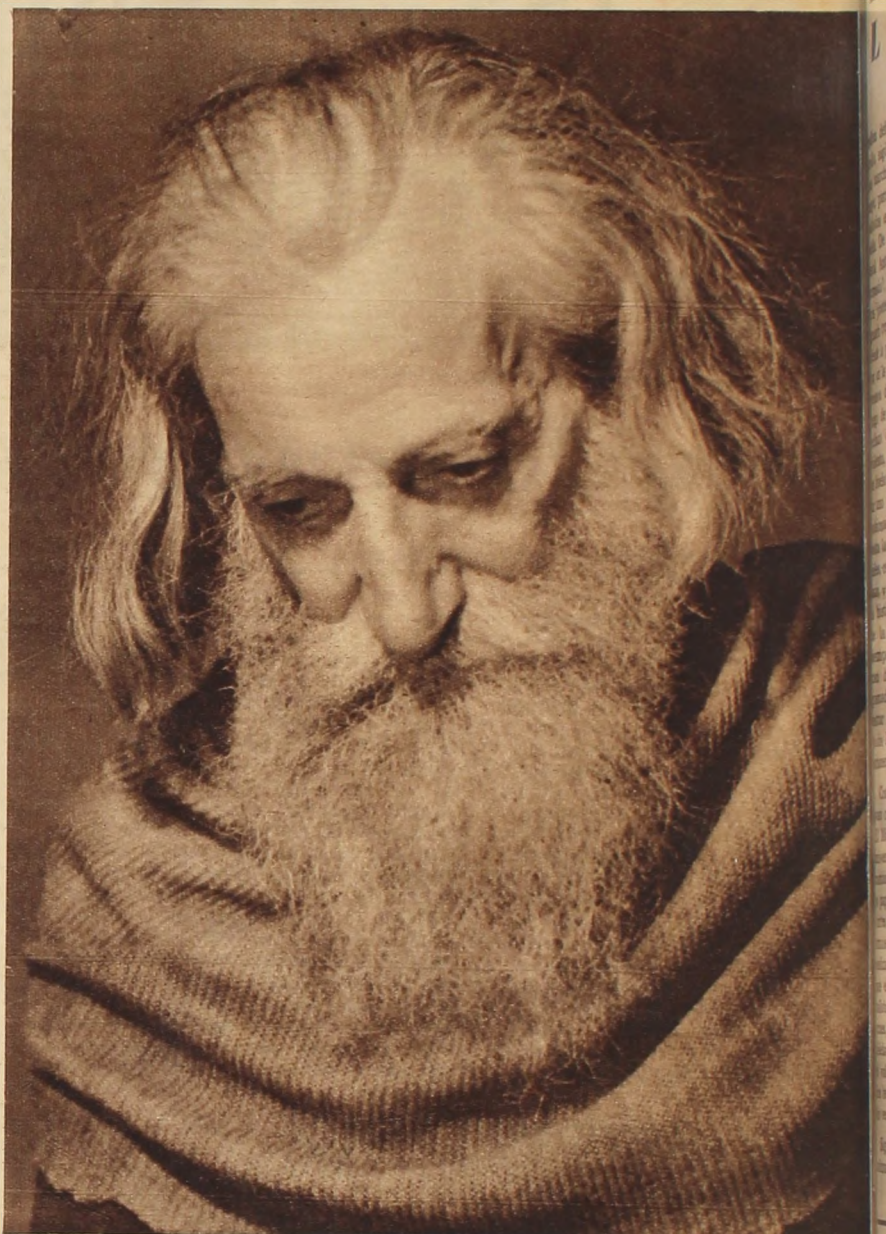
Humilde la habitación, humilde el huésped. Enriqueciéndole la pobreza el lujo noble de los buenos libros, los fieles, los que nunca traicionan. Testimoniando devociones, los retratos de tres uruguayos: Artigas, Batlle, Rodó; fotografías de músicos célebres; y sólo un rostro de mujer: la madre. Mientras nos señala sus fervores, le observamos de cerca. El rostro magro asoma entre las gudejas bíblicas, pátina de ceniza que acentúa los rasgos tristes, ascéticos, y trasunta todo él un aire de transplantado de otra edad a este siglo en que resulta rara todo lo que no sea vulgar. Bajo y esbelto, crece al hablar. Oírle, es dejarse convencer por su elocuencia fácil, su facundia, su frase redonda, la hondura de sus juicios. ¿De dónde le viene esa sabiduría? "Yo nunca fui a la escuela", acaba de decirnos. ¿Entonces? Pues, nada más que de ir viviendo y observando, y en la lectura y la reflexión centrar la máxima apetencia, para vencer dentro de sí mismo al propio enemigo oscuro y torvo, y desnudarse de impurezas para salvar la parte angélica del hombre.

No cuesta mucho advertir que su vida ha sido azarosa, áspera y sufrida. Desde sus setenta años remansados, contempla, como desde una altura, las marejadas que otrora le salpicaran los días, e irradia la nostalgia serena de quien se siente en paz con su destino.

La suya ha sido una existencia de trasahumante, desde los siete años en que ya trabajaba de boyero, atado por su padre al caballo para no caerse. Canillita, mandadero, chico de la calle, aprendió viviendo. De todo oficio sacó provecho: hojalatero, sastre, peluquero, encuadernador, ninguna tarea lo arredró. Pero le bullía un anhelo insatisfecho, peor que el hombre: poder leer y escribir. Tuvo como cartilla las nomenclaturas callejeras, que iba descifrando sin conocer aun el alfabeto. Para conseguir su finalidad, buscó trabajo en las imprentas. Fue tipógrafo y fue linotipista. Una ansiedad de lecturas le movía, y, nunca satisfecho, cambiaba de colocación, robando aquí y allá cuanto conocimiento podía asimilar. En el afán de saber, iba a todo sitio donde intuyera que se decían cosas útiles, constructivas; así descubrió un día que un señor disertaba sobre temas trascendentes de cultura, y allá fue: era nada menos que el Maestro de Conferencias de la Universidad; era nuestro Vaz Ferreira, que estimuló al muchacho, le dio amistad, y arrojó en buen terreno sus enseñanzas. Todo fue alimento propicio para un alma ávida de crecimiento. En 1902 trabajó en EL DÍA como aprendiz de tipógrafo. Y adquirió allí las primeras nociones de gramática. Sus maestros, eran los correctores. "El error, era el que me en-

señaba", afirma; recordando con gratitud a Schinca y a Medina Bentancourt que le rectificaban la ortografía. Y al rememorar su labor modesta en el viejo diario, habla de Batlle en forma apasionada. Más valiosa aún en quien se confiesa apolítico. Narra anécdotas del ayer, y palpita como algo que puede tectarse, la sinceridad del testimonio. "El trajo la paz, y con la paz vino el progreso y la esperanza", dice de aquel parroquiano ilustre de los pasteles sabrosos que

suyos sobre temas moralizantes. De toda quina hizo púlpito, y los peatones se daban para atender a aquel personaje extraño que hablaba en parábolas, con verba florida, y regalaba optimismo y fe a sus manos. Duplicaba en los niños su ternura y fue "el Abuelo" de los cuentos y las losinas. Pese a su pobreza, siempre había algo que dar a los más desvalidos. Fue a asilos y a los hospitales, a los leprosanos y a las cárceles, a las escuelas, a decenas



vendía la madre, ahí mismo, cerca del antiguo edificio. "Era bueno, y lo queríamos. Hasta para reprender ponía ternura. Era el maestro, el padre, el amigo, el consejero...". La evocación le hace tremolar como una llama, y se estremece. Al bajar la cabeza se le sacuden las barbas caudales, y el rostro de Cristo flaco que con tan intensa calidez captó ese admirable Eduardo Verazzini, emana un resplandor meditabundo. Tiene fácil la emoción, como todos los seres buenos a quienes la vida no ha conseguido embotar la sensibilidad. "La emoción es también palabra", nos dice después de una pausa, para justificarnos su silencio.

No era necesario. Si vinimos con cierta curiosidad impersonal ante "el tipo raro", hace rato que nos ha ganado un asombro mágico, una envolvente simpatía que desaloja todo sentimiento de reserva hacia este hombrillo limpio de cuerpo y alma, que zurce su ropa y hace su comida, y que nos está dando una de las más inolvidables enseñanzas que hemos recibido.

Una sed andariega le llevó a deambular por calles de otras ciudades, entre otras gentes. Pasó penurias y estrecheces. Hizo de todo. Posó como modelo en academias de pintura. Daba o vendía por pocos centésimos, libros de autores famosos, y folletos

buenos de la belleza que salva, de la verdad que purifica, de la justicia que redime, a convocar las más altas cualidades morales, como receta infalible para lograr entre los hombres la solidaridad universal y la convivencia armoniosa. "Si me dan el aire y no me piden cuentas; si tengo pan porque el panadero trabajó en la noche para mí; si el mundo es un ser animado que me deja vivir en él, lo que recibo de la existencia en un solo día es inmenso". ¿De qué arcilla luminosa está hecho este raro pensador, de alma tan bien templada, en cuya traza humildísima nada llama a la compasión, porque se adivina en él conformidad y sosiego, desinterés de todas las vanidades, desasimiento de todo orgullo? ¿Es un desafiador de convencionalismos? Si, pero con la rebeldía del bien. ¿Quiere parecerse a Jesús o a Tagore o a algún yogui indico? No. A nadie remeda; ni ha perseguido deliberadamente la originalidad. Fue anudando jirones de cultura y jirones de experiencia, y sintió la necesidad de decir a los demás que el hombre no es malo, que lo malo puede remediarse, que las heridas se restañan, y que hasta lo irremediable y penoso puede ser benéfico. "Hay que agradecer al mal el bien que nos hace. Por ejemplo, cuando ocurre una inundación o

El amarillo papel, desflechado en sus márgenes, y que se guardó por más de siglo en arcón colonial, pone ante nuestros ojos el número primero de El Suplemento de El Monitor Quiteño, de 5 de junio de 1823, cuyas columnas de apretada lectura con ortografía casi dieciochesca, contiene la Relación de los festejos con que la ciudad de Quito celebró el Primer Aniversario de la Batalla de Pichincha. En aquel combate, librado en las breñas del cerro del mismo nombre, y que señala un hito definitivo para la libertad de América, presenciado por los quiteños desde los techos miradores de las azoteas y a veces desde las calles rampantes, trazadas a la estrecha geometría de las rúas de Toledo, y con cierto propósito de objetividad a partir de los arcos pétreos que pre-

las divisiones libertadoras de Perú y Colombia, y el tema de la alegoría al que se rindió el propio Bolívar cuando en sus buenos trances de poeta escribió el Delirio sobre el Chimborazo, dispuesto estuvo entonces para objetivarse en el carro triunfal "adornado con el gusto más exquisito y con todo el lujo de que es susceptible el país, por la señora Manuela Sáenz". Esta joven quiteña, a la que el cronista de 1823 llama "amable y generosa", es la nombrada por antonomasia Libertadora del Libertador; la que opuso su pecho defendido por aquilino peplo, a los fusiles de los conjurados en la noche bogotana de setiembre; la luz de los vivacs de Bolívar; la musa de su Estado Mayor; su consejera prudente o resuelta; la diestra de sus andanzas y el cabezal de sus amores.

DE LOS DIAS DE LA LIBERTAD

Los indios defendieron o guardarla. El ejército español, sigilosamente, había emprendido en la noche del 23 de mayo, para dar sangrienta sorpresa a los rebeldes españoles, tomándoles por la espalda. De tal modo, las infanterías del General Antonio José de Sucre, el "filósofo de la libertad"; los equipos de artilleros y hasta los jinetes de la legendaria caballería Yagachi treparon por esos riscos, ascendiendo al borde de la planicie de Chillogallo y envolviéndolos en la mañana del 24 de mayo a los veteranos de la Península, con su granadero de fuego de fusiles, y, al término, cuando el desmoronamiento de las tropas reales se mostraba desolado, con un audaz ataque de bayonetas, el cuerpo a cuerpo, como para reeditar uno de los frisos de La Iliada... Concomitantemente, las líneas españolas rodaron al borde de la planicie que se extiende entre breñas, como un breve mirador, como un alto y lejano, y que mereció más tarde, en gracia de su histórica memoria, el nombre de Cima de la Libertad. Allí fueron vencidos, al tiempo que el adolescente Abdón Calderón, con brazos y piernas destrozados por las bayonetas, envolvíase en rojo pendón para morir en la muerte de bronce de que hablaba Homero, al lado de la victoria que permanecía.

Con letra ingenua e hiperbólicos giros que van con el tiempo y el entusiasmo, refiere el Monitor Quiteño, los festejos del primer aniversario de la Batalla de Pichincha. "La combinación o la casualidad —dice ese viejo papel periódico— dispusieron tan semejantes los movimientos y operaciones de los ejércitos (en el simulacro militar realizado sobre las faldas del Pichincha), que el vecindario de esta Capital que se hallaba en expectativa en las calles y balcones, vio retratada muy a lo vivo aquella memorable acción que marcando para siempre el valor heroico y la intrépida audacia de los bravos que la obtuvieron, produjo el feliz resultado de su libertad y reposo".

Siguióse, a la memoria del fuego en las batallas, la reconstrucción de la entrada de

un terremoto, todos los otros pueblos van hacia el que sufre. El mal nos une para el bien".

Le oímos con recogimiento, sin interrumpirle. ¿Un filósofo del optimismo?, pensamos. Acaso. Aunque no lo confiese, sabe que hasta hacer el bien acarrea sinsabores. No es un ingenuo. Pero el bien es preferible. Eso repitió, incansable, en sus peregrinajes, cuando desde cualquier improvisada tribuna callejera, al aire libre, en plazas y calles, aconsejaba la práctica de la virtud, recomendaba la poesía, comentaba las obras teatrales de Sánchez, de Herrera, de Bellán. ¡Cuántas veces no habrá dicho: "¡Qué bello, qué hermoso es tener hambre y no encontrar pan, pero sentir cómo la vida se defiende!"

Estamos frente a Pantaleón Dura, recibiendo una lección de humildad. Su acento trémulo de arrebato lirismo, hace olvidar los remiendos del pantalón y las usadas alpargatas, y sólo vemos el aire de patriarca que le han regalado los años. Tolerante, perdonador, ahora que la edad y la enfermedad le doblan el cuerpo, que no el ánimo, aun le quedan los libros y la música para sentirse rico y dichoso. Algunos de sus pensamientos han cuajado en frases sustan-

cias, sugestivas como sentencias orientales. Y van bien con su invierno: "Con el tiempo, allanarás el camino, acortarás la distancia, y sin que tú lo quieras, llegará hasta ti la luz que no veías, la voz que no escuchabas".

Corresponde aquí una confesión. No obstante el respeto que Pantaleón nos suscitó de inmediato, habíamos pensado escribir en torno suyo una crónica ligera, de buen humor, y se nos ha hecho grave insensiblemente. Porque no caben bromas ni las merece un ser tan íntegro, tan valeroso, que nos deja pensativos cuando dice: "Si hemos hecho el mal donde pudimos evitarlo, nos amarga la vida el remordimiento del bien que no hemos hecho". Cuidado con la ironía, con la superioridad.

Cuando se pase al lado de Pantaleón Dura, de ese viejecito afable y sin maldad que nunca reprocharía a nadie una burla a sus expensas, cuando su estampa estafalaria despierte el impulso de sonreír, conviene mirarle el rostro dos veces. Porque veremos en él la transverberación de la melancolía.

Dora Isella RUSSELL.

(Especial para EL DIA).



La Cima de la Libertad, en las faldas del Pichincha y sobre el trozo antiguo de la ciudad de Quito, en donde se puso remate a la batalla de 1822, de las definitivas para la libertad de América. Esta sobria columna de adosado incaico, recuerda tal hecho, en medio de los pequeños cañones de la época. (Fototecnia Stein).

Ventanas y paredes de la ciudad "vestidas de colgaduras" aumentaban el color de ese día de mayo, bañado de sol, que oyó a un estudiante del Colegio de San Luis en la recitación de versos alusivos, clásicas octavas reales de las que sirvieron a Ercilla para La Araucana y a Villaviciosa para La Mosquera, y que en tal oportunidad lograron unir a los epopéyicos giros que no podían libertarse de la palabra española, ciertos sonetos de égloga, como para dar razón al advenimiento de la bucólica después del impulso de las guerras, por lo que el improvisado poeta dijo de la rehabilitación del suelo de Quito "siempre verde", y se afirmó en su llamamiento a las flores y a los "dulces" frutos y al "céfiro blando", para que acuda a mecer las doradas mieses y a discorrir entre las rosas "placentero".

Brindis, después, en el "ambigü" de la tarde, dichos por generales libertadores y por civiles libertados, en estilo de breve preciosismo y en uso de un hipérbaton que estaba prefigurando algo de los cantos o los himnos que se alzarían pocos años después, con la tesitura de Herrera o de Quintana, con la sintaxis nuestra y con el aírón de las plumas de Atahualpa.

Toros en la Plaza Mayor, entre las últimas luces del día y las luminarias de la noche, en juego de cuya barbarie se habla someramente, pero rindiéndose también a la emoción de tal espectáculo en el que los animales "altivos" se presentaban engalanados con lazos de cintas y cubiertos de colchas de seda, y entre las sombras de las nueve, hora de avanzada para esos tiempos despaciosos, los fuegos artificiales que reventaban por las nubes, que iluminaban la Cima de la Libertad, quebrándose en fili-

granas de colores, en sonoros dibujos de pólvora.

La corrida de la sortija o torneo de cintas, desarrollada al día siguiente en la Plaza Mayor, relacionó, según el cronista de "El Monitor Quiteño", el ágil dominio de los jinetes con la galantería de frases escritas en los seducidos trofeos que se disputaban los caballeros para merecer una mirada de las damas.

El 26 de mayo y en la Alameda quiteña que fuera en los tiempos de la Colonia el "potrero del Rey", refrescado con dos pequeños ojos de agua, artificiales lagunillas, se ofreció una "comida cívica", según las costumbres de los llaneros, y "en recuerdo de aquella época angustiosa y gloriosa de los años 17, 18 y 19, en que reducidos todos los recursos y esperanzas de la libertad al recinto de los Llanos, el Númen tutelar de Colombia supo formar de las ardientes riberas del Orinoco y Apure, el sepulcro de los expedicionarios y la cuna de la República...". En tan concluyentes metáforas se produce el anotador de hace ciento treinta y cinco años, cuando se refiere a la presentación de jefes, oficiales y particulares "a caballo", que acudieron en esa oportunidad con el "sencillo traje que usa aquel pueblo belicoso" y después de frugal refrigerio, se dispersaron por las calles de la antigua ciudad de los incas, recostada entre dos montículos, el del Panecillo que fuera el adoratorio del sol y el de la loma de San Juan, asiento, según se sostiene, de un templo consagrado a la luna.

Augusto ARIAS.

Quito, 1958.

(Especial para EL DIA).

RECUERDE U.D.

SOLUCIONA EL PROBLEMA DEL ESPACIO EN SU COCINA!!

MODERNA MESA PLEGABLE "JISSA"

ELÉGANTE Y FÁCIL DE USAR

EN DOS TIPOS, DE EMPUJE O APLICAR

EN VENTA EN LAS BUENAS CASAS DEL RAMO

ES OTRO PRODUCTO DE: Establecimiento Industrial y Comercial JAMIL ISSA YTU 1824 - TELÉFONO 500281

El mejor esmalte para cualquier superficie

DENVERLUX

UNA MANO VALE POR CUATRO!

CLERICETTI & BARRELLA S.A. RINCON 729

AGUA

Jahé

HAY UNA SOLA

y deja la ropa blanca... blanquísima...

CAMIONES

COMPRAS - VENTAS

"UCA"

AV. AGRACIADA 1858 con salida a YI 1869 TEL. 9 01 57

VENTAS - 50 OCASIONES

Café EL PAULISTA

Es bueno hasta la última gota!

CAFE PURO PAULISTA MOLIDO A LA VISTA

¿CÓMO era ese hombre? Ni alto ni bajo, ni flaco ni grueso, ni blanco ni negro; eso sí: con una espléndida cabellera ondulada de mestizo y unos ojos entre pardos y verdes, según brillara más o menos el sol. Su apodo merecía bien, pues era un hombre calmoso hasta lo desesperante. Desde que nació —y ya iba casi mediada su vida, máxime en una campaña como la de estos países de América, donde se envejece pronto— "Dispacito" jamás se había afligido. Murieron sus padres, hubo años calamitosos de sequía, guerras civiles, pestes que asolaban el país... Ganar un peso con la crisis iniciada en 1919, tratándose de un bracero apático, era mucho menos que imposible. "Dispacito", en cucillas como un indio, junto al fogón de la estancia donde lo admitieron, tomaba pachorriento su mate amargo:

—¡Todos modos!... ¡Lo que dios quier ha'e ser!...

Y su fatalismo era absoluto y lo confortaba totalmente tras los mates amargos o unos lentos tragos de caña. En años de actividad, como los de la guerra europea que empezó el 14, cuando el dinero rodaba por campaña en un trasiego generoso, "Dispacito" no salía de su tranco habitual. Y en cuanto lograba lo imprescindible para las necesidades sumarias de un par de semanas, cruzábase de brazos. Era en vano que algún vecino, convertido en momentáneo protector, intentara contagiarle sus inquietudes o urgencias:

—¡Camine con 'esos corderos, pues amigo, qu'están recién esquilao y a lo mejor les llueve!

"Dispacito" resistíase siempre a descargar violento la ancha zotera de su rebenque "casero" sobre los flancos del mancarrón:

—¡Todos modos!... ¡Lo que dios quier ha'e ser!...

De mocito, cuando se afeitaba, y no iba lleno de manchas dicen que fue bien pare-



YANDÍ LUZARPO

ILUSTRACION DE V. LUZARDO

DISPACITO EL COCHERO

cido. Ante el concepto femenino, el ondeado ébano de su cabellera de mestizo dábale agradable prestancia. No mediase su fama de haragán, y más de un padre de los acomodados —sin descubrirle vicios, pues no era jugador ni se emborrachaba—, lo habría aceptado para yerno. De "Dispacito" nadie hablaba nunca cosas desfavorables, limitándose todos a festejar, como una gracia, su carácter reservado y cachaciento. Acaso por pereza, "Dispacito", siempre adormido con su indolencia, siempre con su mente en calma, no le inventó una calumnia jamás a nadie, cosa que dentro de aquella zona de gente murmuradora, constituía excepción. Como a todos esos hombres con una gran falla, que a nadie le hacen sombra, a "Dispacito" la gente —fuera gente buena o aviesa— le tuvo simpatía.

Convertido en cochero de diligencia, allá por 1920, hizo viajes diarios al Cebollati. ¡Había que ver la calma con que este automedonte indígena prendía al coche "los tiros" (la "caballada", como él siempre dijo con énfasis): unas yeguas flacas, de pelo indescifrable, comido en redondeles por la sarna. Y cuando las pobres osamentas, con vida aún por un sarcástico capricho del destino, se detenían acezantes, agotadas sus fuerzas en los repechos, "Dispacito" dejaba de balbucear sus "¡hip!" poco o nada enérgicos, como de compromiso, y erguía prudente y paternal el arreador de gruesa trenza, que estabábase inmóvil en el aire largo

rato: el necesario (o acaso más del preciso) para que las yeguas esqueléticas pudieran resollar. Por fin caía el látigo —más como caricia que como flagelo— y los desnudados animales arrancaban con troceto grotesco. Si algún pasajero maldecía ante la falta de arastos, con el miedo de perder el tren, "Dispacito", impertérrito, consolábase al punto:

—¡Todos modos!... ¡Lo que dios quier ha'e ser!...

Aunque sin los ardientes sobresaltos de otros hombres del pago, "Dispacito" tuvo también su amor: una muchacha gorda, y rubia, hija de un carnicero italiano. La "gringuita", blonda como una espiga de avena bien madurada al sol, se había prendado, por contraste, de los cabellos negros, espesos y rizados del imperturbable doncel. Comprobando que la "gringuita" lo buscaba, "Dispacito" experimentó una sensación que no diremos fuerte, pero sí extraña: algo nuevo que parecía retardar un tanto los hasta entonces isócronos latidos de aquel corazón prudente, inalterable por lo común.

Pero pasaron meses... Se hundieron años... "Dispacito" hacía el amor como a la fuerza, con la grave lentitud de los bueyes que aran una tierra muy dura:

—¡Todos modos!... ¡Lo que dios quier ha'e ser!...

Y dios había castigado su irritante resignación, permitiendo que a la "gringuita" se la llevara a caballo el gaucha más com-

padre y pendenciero del contorno. "Dispacito" estuvo casi triste unos días, pero luego, seguida reacción, volviendo a resultar como antes, es decir, un hombre flemático sin alegrías ni nostalgias. Y fue entonces cuando le confió la diligencia, cuyas yeguas sarnosas, al acompañarlo mansamente lo distraían, indemnizándolo de la inconsecuencia femenil.

Quiso el diablo que aquel sujeto, tan convencido de que en este mundo sólo se cumplen los designios del altísimo, fuese acosado de nuevo por la "gringuita", quien aburrían ya las caricias y los golpes (más golpes que caricias) del gaucha forajido. Junto a éste, calvo precocemente (¡quién sabe por qué vicios!), la joven pensó con más ilusión que nunca en la negra melena lanigera de "Dispacito", entre cuyas crenchas habría podido ocultar amorosamente sus dedos nada exiguos, como podía esconder de niña las manos entre los grasientos vellones de un carnero criollo. Aunque lento en sus arranques, "Dispacito" era de carne. Y como la voz de la rústica sirena lo tentó, fue a su rancho un día en que "el hombre" de la "gringa" debía hallarse muy lejos.

—¡Todos modos!... ¡Lo que dios quier ha'e ser!...

Ya en la humilde vivienda, resultó el varón lento y apacible de siempre. Ocupó, digno, serio y erecto, una silla, y púsose a tomar mate con cachaza; un minuto de conversación, quince de pausa, llegó la noche sin que se produjera aquel vehemente apeteído ataque cuya inminencia, desde que lo entreviera, hizo temblar de deseo a la "gringuita".

Lo trágico vino después, al penetrar el matón de imprevisto, completamente ebrio. Vio al ex novio de su mujer, pachorriento y muy dueño de sí en el remendado asiento de la cocina, y, ennegrecido por los celos, al punto desnudaba un cuchillo filoso: —¡Ah, trompeta!... Con que te animas a eso? —rugió.

"Dispacito", en rigor, no se había animado a nada, pero no quiso disculparse, pues las palabras, en tales circunstancias evidentemente culpables, le hubieran exigido un gran esfuerzo dialéctico. Tampoco, por su apacible carácter, estaba dispuesto a pelear, con lo que se preparó para morir en forma digna de su fama:

—¡Dispacito! aseguran que le dijo al salvaje, que le apuntaba ya con el cuchillo.

Y echóse atrás el saco, señalando con los dedos de la mano siniestra el sitio donde, sin estar muy seguro, calculaba tener el corazón.

Vicente A. SALAVERRI.

(Especial para EL DIA)



Los operarios gráficos en los talleres de EL DIA, hicieron un alto en sus tareas, la noche del domingo pasado, para brindar por nuestro compañero Juan Manuel Pelayo, por el que se tiene en esta casa el grande y profundo afecto que su bondad e inteligencia merecen, celebrándose el 35º aniversario de su ingreso a redacción del diario.

ESTAMPAS DE MALDONADO



Torre del Vigía.

APUNTES DEL NATURAL DE F. MOLLER DE BERG



Arboles de la calle Treinta y Tres.



Restos de sus bellisimas quintas. Actualmente en la calle Treinta y Tres.

PERSONALIDAD DE LUIS CLUZEAU MORDET



Luis Cluzeau Mortet.

ILUSTRACION DE BUSCASSO

CLUZEAU Mortet es un representante auténtico de nuestra élite cultural, élite verdadera de pensamiento, que encabeza toda evolución artística. En este caso él supera a su medio. Es un artista noble y consciente. Y por eso su obra es perdurable.

Es poseedor de un espíritu poético y sensitivo muy personal. Su refinamiento expresivo se refleja desde un principio en la faz técnica de sus obras. En cada una de ellas expresa fielmente una parte de sí mismo.

Hay allí madurez de pensamiento y de sentimiento.

A medida que ha ido produciendo, se fue conociendo y descubriendo a sí mismo, siendo cada una de sus obras una respuesta a una interrogante formulada por su íntima naturaleza. Aunque dotado de una técnica europea, su musicalidad innata lo ha llevado a comprender la realidad de nuestra tierra, que trasciende en su poética musical.

La faz expresiva más lograda de Cluzeau Mortet, es la que se relaciona con sus "lieder". Son éstas sus obras más numerosas, todas ellas de una gran fineza en su trato melódico, con características muy claras en todo su desarrollo de acompañamiento.

El conocimiento de sus otras obras (orquestales y de otras formas instrumentales) no es el que ha tenido un margen más amplio de desarrollo. Ello debido, a la poca difusión que alcanzan en el Uruguay, las obras de los compositores nacionales. Por consiguiente, sin audiciones repetidas que permitan una mejor asimilación y comprensión, resulta muy difícil comprender el verdadero alcance y proyección de esas producciones.

Nos resistimos a creer que la simple lectura de partituras, sea suficiente para una captación total de la obra del compositor. En conversaciones que hemos mantenido con los músicos más capacitados y sinceros, hemos comprobado el hecho de que las únicas partituras que se pueden leer sin audición previa, son las malas partituras, o aquellas que permanecen encerradas en la escolástica semiahogando el espíritu dentro de sus barreras.

Las buenas obras, no sólo tienen que ser ejecutadas para afirmar el espíritu que las sostiene, sino que en el desarrollo de sucesivas audiciones, se cumple un proceso de maduración interpretativa. Esto nos da una

pauta de la significación más o menos importante de una composición musical.

Las obras de Cluzeau Mortet, son pocas las que están dentro de esta característica. La más conocida tal vez sea *El Pericón*, para piano, que suele ser ejecutada por nuestros virtuosos. En ella, muy fácilmente se puede caer en el error de extremar los acentos pintorescos. Lo que debería tomarse en cuenta siempre, en cuanto a su interpretación, es que la virtud principal de Cluzeau Mortet está en ese tinte de refinamiento que lo caracteriza. Este *Pericón*, gana mucho como sustancia musical, cuando se busca interpretar la fineza de sus acentos, y no resaltar su efectismo exterior.

En este sentido se podrá señalar como ejemplo de interpretación bien lograda, la adaptación de una de sus vidualitas (*Vidalita de Cerro Largo*), que fuera escrita por el autor para canto y piano, sobre texto del doctor Emilio Oribe. Se trata de la interpretación que ha divulgado en disco, el quinteto guitarrístico de Olga Pierri.

En oportunidad del estreno de la *Sinfonía Artigas*, se pudo apreciar una vez más, este aspecto de sutileza que caracteriza a Cluzeau Mortet.

Es esta una obra en cuyos cuatro tiempos (*Escenario-Rebeldía - Perfil-Liberación*) nos encontramos con un tratamiento de las formas musicales que evidencia la búsqueda de una verdadera pureza de contornos. Y es por tal motivo, quizás, que Cluzeau Mortet se nos presenta más feliz precisamente en el tercer tiempo, realizado a la manera de *Lento o Adagio* de las Sinfonías. Su tema es dúctil y se desarrolla con extraordinaria fluidez y perfecta lógica en todos sus planteamientos.

Luis Cluzeau Mortet nació en Montevideo, el día 16 de noviembre del año 1888, siendo descendiente de una familia de músicos y artistas. Cursó los primeros estudios

con su abuelo materno, el Profesor L. Faget, músico francés radicado en el Uruguay, que había sido alumno y sacó el primer premio del Conservatorio de París. Estudió simultáneamente piano y violín, cuando desde muy joven en diversos conciertos y dedicándose al mismo tiempo al profesorado.

En 1914, Luis Cluzeau Mortet, pasó a integrar en calidad de viola, el cuarteto de la Asociación de Música de Cámara, permaneciendo en ese puesto hasta que se disolvió la institución. Sus primeras composiciones datan del año 1912 y fueron dadas a conocer en numerosas audiciones, tanto en su patria como en la Argentina, siendo llevadas también al extranjero por artistas como binstein, Viñes y Sofía del Campo.

Conocemos un catálogo de sus obras, fuera elaborado por el propio Cluzeau Mortet, para los alumnos del Instituto de Profesores Artigas. Comprende un total de 47 obras. Las más numerosas son las de cámara y piano que alcanzan a 47. Luego le siguen las obras de piano, en número de 32. 33 obras orquestales, si incluimos también conjuntos de cámara, música escénica, música femenina y orquesta, y piano y orquesta alcanzan un total de 26 obras.

Se trata, indudablemente, de un acervo que los responsables de los derroteros de la cultura musical uruguaya, deben cuidar como un valioso tesoro del espíritu de la nacionalidad. Y por cierto que la mejor manera de hacerlo, sería la de interpretar y divulgar todas estas obras, que un auténtico artista-músico nos ha dejado como expresión de un alma pura y como ejemplo de un afán constructivo que la juventud debe admirar y estimular en todos los sentidos.

Felicia B. MARIN

(Especial para EL DIA).



Ceremonia realizada en la Escuela de Práctica número 35, "República del Perú", en celebración de un nuevo aniversario de la independencia del país hermano, exaltándose en los discursos diversos episodios de la gesta libertadora.



Tarzan

por **EDGAR RICE BURROUGHS**

AUNQUE EL HOMBRE MONO HABÍA ESCAPADO DE LOS PIRATAS, NO ENCONTRÓ RESPIRO DEL PELIGRO, YA QUE, OTRA VEZ HABÍA ENCONTRADO REVOLVERES HOSTILES.



"VIENE DEL BUQUE DEL DEMONIO, SEÑOR," DIJO UN NATIVO. "DEBEMOS MATARLO."

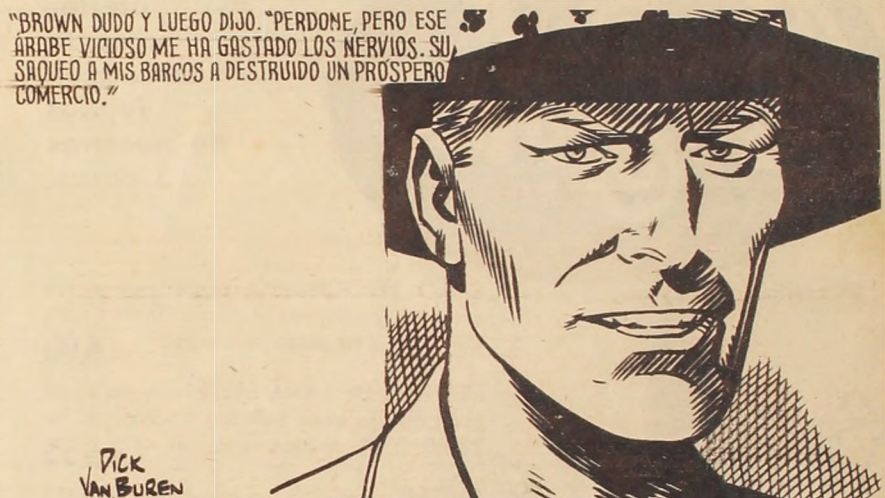


DE GOLPE A TARZÁN SE LE OCURRIÓ QUE ESE HOMBRE BLANCO PODÍA SER LA PERSONA POR LA QUE AKBAR LE HABÍA PREGUNTADO: "ESPERE," EXCLAMÓ. "NO ES UD. BRUCE BROWN?"



"POR SUPUESTO, PIRATA." RESPONDIÓ EL HOMBRE. TARZÁN SACUDIR LA CABEZA. "YO FUI PRISIONERO DE AKBAR... TORTURADO PORQUE CREÍA QUE YO TRABAJABA PARA USTED."

"BROWN DUDÓ Y LUEGO DIJO. "PERDOME, PERO ESE ÁRABE VICIOSO ME HA GASTADO LOS NERVIOS. SU SAQUEO A MIS BARCOS A DESTRUIDO UN PROSPERO COMERCIO."



DICK VAN BUREN

"DONDE YO ENVÍO LAS MADERAS QUE AKBAR NO ME ROBA."



"ENTONCES DEBEMOS PROTEGER SUS BARCOS" CONTESTÓ TARZÁN. "REUNA A LOS NATIVOS EN EL BOSQUE... TENGO UN PLAN DE VENGANZA."

"USO VELEROS, PORQUE NINGÚN BARCO PUEDE CRUZAR LAS TRAICIONERAS AGUAS DEL PUERTO MATEMO..."



Nutre,
vigoriza,
fortalece.

TODDY

No tiene,
ni puede
tener similares



PARA EVITAR LAS GRANDES SUBAS DE LOS PRECIOS

VENTA DE LA PREVISION

compre **AHORA** y **GUARDE**

¡Es su gran ocasión!



Selección
destacada
de los miles
de interesantes
ofertas
que presenta
la Sección
Tejidos
de nuestras
3 casas.

PAÑO VELOUR LISO, tejido muy suave
en todos los colores. Ancho 1.40 de \$7.50,
20% de descuento, el metro **\$ 6.00**

FRANELA DE LANA JASPEADA, paño de
gran abrigo para vestidos. Ancho 1.40 de
\$8.20, 20% de descuento, el mt. **\$ 6.55**

TARTAN, paño a cuadros en vistosas
combinaciones de colores. Ancho 1.40, de
\$8.50, 20% de descuento, el mt. **\$ 6.80**

TWEED BOUTONE, novedosa fantasía de
gran moda. Ancho 1.40, de \$9.50, 20%
de descuento, el metro **\$ 7.60**

TWEED NATTE, paño en delicados co-
lores para vestidos y chaqueta. Ancho
1.40, de \$11.50, 20% de des- **\$ 9.20**
cuento, el metro

ESCOCES, el paño de actualidad para
sport. Ancho 1.40, de \$12.50, 20% de
descuento, el metro **\$ 10.00**

PAÑO MELANGE, en la gama completa de
colores. Ancho 1.40, de \$13.50, 20% de
descuento, el metro **\$ 10.80**

PRINCIPE DE GALES, el paño impuesto por
la moda. Ancho 1.40, de \$14.50, 20% de
descuento, el metro **\$ 11.60**

NATTE NEVADO, paño ideal para la nueva
línea de la moda. Ancho 1.40, de \$14.80,
20% de descuento, el metro **\$ 11.80**

PAÑO CUADRILLE, novedoso tejido para
vestidos o chaquetones. Ancho 1.40, de
\$15.50, 20% de descuento, el mt. **\$ 12.40**

PIED DE POULE, clásico paño para sa-
cos sport. Ancho 1.40, de \$16.50, 20%
de descuento, el metro **\$ 13.20**

DUVETINE, de regia calidad en una ga-
ma de colores seleccionados. Ancho 1.40,
de \$17.50, 20% de descuento, **\$ 14.00**
el metro

VELOUR LISO, paño muy suave para ta-
pados de vestir. Ancho 1.40, de \$19.50,
20% de descuento, el metro **\$ 15.60**

TWEED "RODIER" LISO Y PIED DE POULE,
dos tejidos de trama rústica de gran
moda. Ancho 1.40, de \$21.50, 20% de
descuento, el metro **\$ 17.20**

VELOUR ANGORADO, paño de calidad
muy suave en los tonos beige, tostado y
gris. Ancho 1.40, de \$23.50, 20% de
descuento, el metro **\$ 18.80**

PELO DE CAMELLO, en paño de gran
vestir en los colores de moda. Ancho
1.40, de \$25.50, 20% de descuento,
el metro **\$ 20.40**



TAMBIEN
20%
de DESCUENTO
en todos los
JERSEYS
FANTASIA.
Jersey bordado
en relieve, diseños
exclusivos. Ancho
1.50, de \$28.50,
20% de descuen-
to, el metro **\$ 22.80**

Y ahora escuche
la audición **HOY
VIENE MI SUEGRA**
que se irradia Lu-
nes, Miércoles y
Viernes a las 12.30
horas por CX 16
RADIO CARVE.